Capítulo siete

Era un domingo en la tarde. Julio y Ana iban en moto al Estadio Ramón Sánchez Pizjuán, donde el equipo de fútbol FC Sevilla iba a jugar en la tarde. Para Ana era muy extraño salir en moto en una cita pero en Sevilla casi todos los jóvenes tenían moto pequeña, o "vespino", como se llamaba en España. No podían hablar en el viaje porque la moto hacía mucho ruido pero, cuando llegaron, empezaron a hablar. Ana le contó a Julio mucho de California y su familia. Julio le dijo mucho acerca de su familia y de España. Hablaron de la escuela y de fútbol. Julio sabía mucho de fútbol porque jugaba en el equipo de la escuela. Ana sabía que era un jugador muy bueno de fútbol.

Fueron a la taquilla donde se vendían las entradas para el partido.

—Compré los boletos por teléfono, así que ya deben estar aquí para mí —le dijo Ju–

lio—. No es necesario hacer cola para las entradas.

Hacía mucho calor en Sevilla. Ana tenía mucho calor. Tenía más calor mientras esperaba a Julio. Después de un rato Julio volvió. Estaba muy enojado.

—Perdieron mis boletos. No los tengo. ¡Esos idiotas perdieron mis boletos! —gritó Julio, muy enfadado.

—No importa —le dijo Ana—. Podemos ir otro día.

Julio le compró dos colas a un hombre que vendía refrescos cerca del estadio. Ana y Julio las bebieron rápidamente porque hacía tanto calor. La cola estuvo muy buena ese día. Ana estaba feliz de que había colas en España.

—Bueno, ¿qué vamos a hacer? —le preguntó Ana a Julio.

—Yo sé qué podemos hacer —le dijo Julio—. Ven conmigo. Vamos en mi moto.

—¿Adónde vamos?, Julio —le preguntó Ana.

—Vamos a un lugar muy divertido —le explicó—. Es un lugar que les gusta mucho a los americanos. Es algo que tienes que hacer mientras estás en España.

—Vale —le dijo Ana.

Los dos se subieron a la moto. Ana estaba muy impresionada por Julio. Julio era muy simpático y guapo. Le gustaba hablar con él acerca de España. Después de ir en moto por un rato, llegaron.

Ana no lo podía creer. Estaban frente de la plaza de toros de la Maestranza. Ana pensó:

"Oh no. Otra corrida de toros."

—Aquí estamos —le dijo Julio—. ¿Qué te parece si vamos a una corrida de toros? Vamos, pues.

Ana no quería decirle cómo se sentía.

Si le decía a Julio realmente como se sentía, Julio pensaría que los americanos se creían mejores que los españoles. Iba a pensar que los americanos tenían miedo de las corridas de toros. Iba a enojarse. Ana no sabía qué hacer.

—Julio, hay un problema. No tenemos boletos —le dijo.

—Podemos entrar —le explicó Julio—. Siempre puedo entrar en las corridas de toros. Mi padre es matador.

—¿Tu padre es matador? —le preguntó Ana, sorprendida—. ¿Cómo es tener un padre matador?

—Mi papá no es muy famoso —le dijo Julio—, no como Juan Cortez, pero es bueno. El no está trabajando hoy pero todos en la plaza me conocen. Me dejan entrar sin pagar. Mi tío es banderillero y mi abuelo era picador. Vengo de una familia que vive para los toros.

—Qué interesante —le dijo Ana—. Tu familia es una familia de toreros.

—Sí —le dijo Julio—. Mi padre quiere que yo sea matador también pero yo prefiero el fútbol.

Ana no sabía qué hacer. No quería ver otra corrida de toros pero no quería ofender a Julio. Qué problema.

—Ana, ¿vamos a la corrida? —le preguntó Julio y extendió la mano hacia ella.

Ana pensó en todo lo que pasó entre ella y Carmen. Pensó en lo que le dijo Carmen: que los americanos se creen mejores que los españoles. Ana no quería ofender a su nuevo amigo español, así que le dijo:

—Sí, vamos.

Ana se sentía un poco enferma. Tenía calor. ¿Por qué era tan tonta que asistía de nuevo a una corrida de toros? Pero ya era tarde.

Julio fue a buscar los boletos e inmediatamente volvió con ellos. Todos les saludaron a Julio y a Ana. Todos reconocieron a Julio y le hablaron. Todos conocían a Julio y Julio conocía a todos.

Por fin entraron en la plaza.

—¡Está empezando ahora! —le gritó Julio.

—Vale —dijo Ana. Estaba muy triste cuando entró en la plaza. Sólo pensaba en el toro. Pensaba que probablemente el toro estaba triste también.